

Al principio se siguió el rumbo que ya se había tomado, dirigiéndose á la península de Yucatan. En seguida desembarcaron en la isla de Cozumel, distante pocas millas de aquella, y huyeron todos sus numerosos habitantes, á excepcion de dos ancianos que encontraron escondidos en un campo de maiz. A los ocho dias de haberse verificado esta descubierta, la escuadra se puso á la vista de Pontonchan sobre la costa opuesta de la península. El deseo de vengar la muerte de sus compatriotas allí sacrificados, cuando el viage de Hernandez de Córdova, y la necesidad de esparcir el terror de las armas españolas entre los pueblos de aquellas regiones, inclinaron el ánimo de Grijalba á desembarcar toda su gente. Habiendo sido rechazado el brusco ataque de los indígenas, la ciudad fué ocupada por los castellanos, quienes pudieron convencerse que en los habitantes de este país, debian hallar enemigos mas temibles que los que habian encontrado en las islas. Dejaron este pueblo y continuaron su camino hácia Occidente, sin perder de vista la costa en cuanto era posible. Divisaban de continuo algunos pueblos, cuyas casas construidas de piedra blanca, se alzaban desde el suelo con no poca elevacion; campos cultivado en medios de ricos y variados terrenos; y los españoles no se cansaban de admirar tan hermoso espectáculo. Grijalba vió tambien en las cercanías de Boca de Términos, algunos templos llenos de ídolos con figuras de muger, serpiente, cierva y conejo.

A la embocadura del rio de Tabasco, al que los castellanos dieron el nombre de su general, los indígenas se mostraban dispuestos á impedir el desembarco de Grijalba y de su gente, á tiempo que éste les envió palabras de paz, invitándoles á que le proporcionasen víveres y se sometiesen á su rey. Los prudentes indígenas respondieron que estaban prontos á entablar comercio de cambios con los españoles; pero que teniendo ellos un rey, lo que era suficiente, no se hallaban dispuestos á recibir otro. No dejaron de advertir á Grijalba que diez y seis mil hombres armados, estaban dispuestos á apoyar esta esplicacion y á batirse con los suyos, si intentaba ponerles un nuevo dueño por la fuerza. Como el gefe español se manifestó muy satisfecho de esta contestacion, el cacique indígena le hizo un distinguido recibimiento; pues le llevaron víveres en abundancia, tortillas, pescado y caza; quemaron á su presencia gomas copal sobre carbones encendidos en una ornilla de arcilla; y extendieron en el suelo piezas y capas de algodón, para que pudiese descansar en union de sus oficiales con mayor comodidad. En fin, el cacique le regaló pedazos de oro cortado en formas de pájaros, lagartos y peces, y tres collares con granos de oro; y como le preguntase de dónde venia aquel metal, respondieron *culua, culua*, palabras cuyo significado no comprendieron entonces los españoles: sin embargo, el temor de los vientos en una rada abierta aceleró su salida del rio de Tabasco.

En seguida reconocieron sucesivamente la isla Aguajunco que nombraron la Rambla, y los rios Tonalá y Guazacualco, apercibiendo asimismo la Sierra Nevada, aquellas alturas cubiertas de nieve, espectáculo nuevo en regiones tan ardientes. Pedro de Alvarado, uno de los capitanes de la flota, descubrió el Papaloava, conocido despues bajo la denominacion de rio Alvarado, llegando por último á la embocadura del rio de Banderas, provincia de Oajaca, en donde vieron desplegadas por primera vez las banderas blancas de Moctezuma. Allí fué donde oyeron hablar de la estension de su imperio que les era desconocido, de su poder y de sus riquezas, y de cuya existencia no formaban la mas insignificante idea. Este monarca, dice Bernal Diaz, habia tenido conocimiento de la expedicion de Córdova, y del combate de Pontonchan, por medio de pinturas trazadas sobre retazos de tela de algodón. Habiendo tenido noticia de la llegada de esta segunda flota, mandó á sus oficiales que le proveyesen de oro en cambio de granos de vidrio y algunos artículos de quincalla que apreciaba mucho, y sobre todo que tomasen de las personas y fuerzas de los expedicionarios, así como acerca del objeto de su viage, todas las aclaraciones posibles. Así obraba aquel rey bajo la malhadada influencia de la antigua profecía, relativa á la llegada de hombres blancos y barbados, salidos de las regiones de donde el sol nace. Habiendo mediado una invitacion de bajar á tierra, el capitán Montejo que recibió la órden de desembarcar con diez y nueve hombres, fué perfectamente acogido por el gobernador de la provincia. Rodeado éste de un séquito de oficiales, y de criados que llevaban provisiones, estaba sentado sobre una estera bajo la sombra de unos árboles. Se invitó á los castellanos por señas á que hicieran lo mismo, porque los indígenas cogidos en Yucatan no sabian hablar ni una palabra del mexicano. Instruido Grijalba de tan honroso recibimiento, desembarcó inmediatamente con toda su gente, y luego que hubieron conocido su alta graduacion, fué el objeto de las mas distinguidas consideraciones. Contestó á estas muestras de civilidad, distribuyendo baratijas de Europa tan apreciadas de aquellos naturales, que en cambio de ellas recibió varios objetos de oro muy bien trabajados, y por valor de quince mil escudos. Tomó posesion de este hermoso país el nombre de Carlos Quinto, dándole el de Nueva-España. Los castellanos sentian dejarlo, y solicitaban de Grijalba la formacion de un establecimiento en la costa; pero él demasiado escrupuloso y fiel observador de las instrucciones de Velazquez, se creyó obligado á vencer sus propios deseos, y rechazó los de sus compañeros de viage, cediendo á las órdenes que tenia por absolutas.

Hizose á la vela continuando su rumbo al occidente, aunque alejándose muy poco de las playas mexicanas. Reconoció dos isllas y vió otra tercera, la de los Sacrificios, que le pareció poblada. Allí tuvieron los españoles por primera vez á la vista, el horrible cuadro

de las víctimas humanas, que la bárbara superstición de los naturales ofrecía á sus dioses. Cinco cadáveres de hombres, degollados al parecer el día anterior, descansaban sobre una especie de altar bastante elevado, abierto por todos lados, y al que se subía por unos escalones. Esta construcción que no se asemejaba á la de los templos de Yucatan, era la de los *teocallis* mexicanos. Los españoles hallaron tambien los mismos edificios; los mismos ídolos é iguales sacrificios en la isla de San Juan de Ulúa, en la que seguidamente tomaron tierra. Allí obtuvieron nuevas noticias sobre el continente americano que se extendía á su vista, como tambien acerca de México, su gobierno y culto. Vieron la horrorosa imagen de una de las principales divinidades americanas. Cuatro sacerdotes con capas negras, semejantes á los hábitos de nuestros religiosos dominicos, dice Bernal Diaz, fueron á recibirlos y ofrecerles el incienso copal á su entrada al templo, en el que acababan de ser inmolados dos mozos jóvenes. Ansioso Grijalba de augurar la posesion de este territorio, no por vana ceremonia, sino por nuevas instrucciones, deseaba obtener un refuerzo y víveres de que tenia gran necesidad, y sin cuyos auxilios no podía pensar en ningun género de colonización. Despachó á Alvarado cerca de Velazquez para que instruyese á este gobernador de su situacion, pidiéndole sus órdenes, haciéndole la relacion del viage, y ofreciéndole el oro y las curiosidades que habia recogido. En este mismo tiempo Velazquez mandaba á Olid, uno de sus oficiales, en busca de Grijalba, cuyo paradero le inquietaba. Olid y Alvarado llegaron juntos á Cuba: el primero por no haber podido atravesar las costas de Yucatan; y el segundo, deseoso de comunicar descubrimientos importantes. Grande fué la cólera de Velazquez cuando supo que ningun establecimiento se habia comenzado; pues aunque habia prohibido cualquiera empresa de este género, por el miedo de indisponerse con la audiencia de Santo Domingo, se liçongeaba de que su posicion seria adivinada, y que Grijalba tomara sobre sí la responsabilidad de una desobediencia, que debia absolver un feliz resultado en este importante negocio.

Cuando los españoles habian desembarcado en la isla de San Juan de Ulúa, los gobernadores mexicanos partieron á la corte de Tenochtitlan para dar cuenta al rey de este notable acontecimiento; pero aunque éste tenia ya noticia de los sucesos de Tabasco y otros puntos de la costa, no pudiendo ocultar su sorpresa al ver los mapas que representaban la expedicion en todos sus pormenores, mandó reunir sus consejeros ordinarios para consultarles la mejor resolucion en negocio de tanta gravedad. Los miembros del consejo, trayendo á la memoria la fabulosa historia del dios Quetzacoatl, de la cual tienen ya noticia los lectores, determinaron enviar cinco personajes á las playas orientales de la capital, para que felicitasen á la supuesta divinidad en nombre del rey y de todo el imperio, lle-

vándole al mismo tiempo en calidad de homenaje un rico presente de oro y pedrerías; mas antes que hubieran salido aquellos personajes, Moctezuma mandó á los gobernadores de las costas inmediatas al lugar del desembarco, que pusiesen centinelas de observacion en los montes mas elevados de las provincias litorales, dándole pronto aviso de cuanto ocurriese de notable en la conducta de los recién llegados. En la corte reinaba el mayor sobresalto y confusion.

Los embajadores llegaron demasiado tarde á las playas de Chalchiuhtecan; pues mientras Velazquez acusaba de inepto al caballeroso Grijalba, no cesaba este oficial de servirle con lealtad, y aunque sus tripulaciones habian disminuido y debilitado su valor, continuó explorando las costas del imperio mexicano. Descubrió las montañas de Tustla y de Tuspan; llegó á las costas de Pánuco que estaban sembradas de ciudades populosas, y reunia numerosos y útiles documentos de estos nuevos países. Empleaba todo su valor y fuerzas en repeler los ataques de los indigenas, y no abandonó su exploracion hasta el momento en que, faltar de víveres y de hombres para la manobra, le declaró su piloto Alaminos que ya no podia sostenerse en la mar. En seguida hizo vela hácia el puerto de Santiago de Cuba, á donde llegó el 15 de Noviembre de 1518.

*Expedicion de Hernán Cortés: su salida del puerto de la Habana: arribo de la armada á Tabasco: gran batalla con los indios (1519).* El anterior viage, el mas largo y feliz que los españoles hayan jamás emprendido en el nuevo mundo, fué tambien el mas útil en grandes resultados; pues confirmó que el territorio de Yucatan no era una isla como se habia creído hasta entonces, y dió en su dilatada estension de costas dependientes de México, algunos detalles exactos y enteramente nuevos. No solamente reveló la existencia de este vasto imperio, sino que aun proporcionó una parte de las naciones que debieran facilitar su conquista. Complacido Velazquez de un resultado que excedia á sus esperanzas, se apresuró á noticiarlo á los religiosos gerónimos por medio de Juan de Salcedo, como tambien á enviar á España su capellan de honor Benito Martin, con la mision de solicitar nuevos poderes para sucesivas empresas, y hasta para la conquista del gran territorio mexicano. No olvidaba sus intereses personales en la hipótesis de un acontecimiento que miraba como infalible. Sus peticiones le fueron concedidas; y no obstante, sin aguardar la vuelta de su enviado, se ocupó del armamento necesario para la grande expedicion. Era muy natural que Grijalba hubiese sido el designado para comandarla, como lo deseaban todos los soldados; pero Velazquez no le perdonó el haber comprendido mal sus intenciones, y desatendió los servicios del solo hombre bastante desinteresado para hacerle el sacrificio de su gloria, y sin embargo solicitaba un militar que poseyese todas las virtudes de los conquistadores, sin el defecto de la ambicion. Buscando este fenómeno de modestia y de valor, se dirigió á

Baltasar Bermudez que lo rehusó, y otro tanto hicieron tres parientes suyos del mismo apellido. Un hombre á quien conocia perfectamente, le fué entonces propuesto y recomendado por Amador de Lara, tesorero real de Cuba, y Andrés de Duero, su secretario. Este hombre se llamaba Hernán Cortés.

Este grande hombre, uno de los últimos héroes de España, nació el año de 1895 en Medellín, pequeña ciudad al sudoeste de Estremadura. Su padre Don Martín Cortés de Monroy, caballero sin bienes de fortuna, lo envió á la edad de catorce años á la universidad de Salamanca, á fin de inclinar sus buenas disposiciones al estudio de las leyes; pero sin embargo de que allí dió á conocer la vivacidad de su inteligencia, se mostró por otra parte muy poco estudioso y opuesto al yugo de toda disciplina. Al cabo de dos años, no pudiendo ya sufrir el disgusto de la vida académica, de esa vida sin acción, volvió al seno paterno sabiendo un poco de latin, gramática castellana y poesía, y en seguida se entregó á la diversion de la caza y á montar á caballo; mas cediendo al mismo tiempo al ardor de su temperamento de juego, se dedicó á las intrigas amorosas que no desconocia desde su infancia, ni olvidó en todo el curso de su vida.

La carrera de las armas era la que únicamente llamaba su atención; porque la imaginación del joven se inclinaba á esa vida aventurera que formaba el gusto de aquellos tiempos. La España era entonces muy belicosa y caballeresca: acababa de aniquilar el poder de los moros; el estandarte del islamismo no ondeaba ya en los muros de sus ciudades, y el suyo en manos de Gonzalo de Córdoba se levantaba con honor en Italia. En el ejército de este gran capitán se alistó Cortés como voluntario, despues de obtener el competente permiso de su padre á los diez y siete años de su edad. Iba á incorporarse á él, cuando una grave enfermedad le detuvo en la casa paterna. Esta circunstancia, que miró como un mal irreparable, fué el primer escalon de su futura gloria; porque hubiera tenido que trabajar mucho en Italia para hacerse notable en medio de las infinitas reputaciones militares que rodeaban á Gonzalo de Córdoba. Otro campo de batalla, el nuevo mundo que Colon acababa de dar á la corona de Castilla, se le iba á ofrecer como el teatro de su gloria y fortuna en un terreno de mas fácil acceso.

Allí debía encontrar un protector lleno de benevolencia en Nicolás de Ovando, pariente suyo y gobernador de la Española. En efecto, despues de otros dos años de una vida de aventuras amorosas, se embarcó en una escuadrilla que salia para el mar de las Indias, dejando á la edad de diez y nueve años las playas de su nacimiento, cuando España perdía su magnánima soberana Isabel la Católica. Habiéndole recibido en clase de hijo el gobernador de la Española, le colocó en un empleo lucrativo y le dió un *repartimiento* de indios, con lo que parece debía quedar satisfecha la ambición de

Cortés; pero los grandes genios tienen marcado su lugar por la Providencia en los sucesos notables del mundo, y nada hay que pueda desconcertar sus destinos. Hallándose disgustado en el centro de un reposo sin gloria, se asió de la primera coyuntura para salir de él; pues se hizo inscribir en la lista de los atrevidos aventureros que debían acompañar á Ojeda y Nicuesa; mas en momentos de partir para esa desastrosa expedición de Darien, otra enfermedad que parecia un nuevo favor de la fortuna, le detuvo en Santo Domingo con harto dolor de su corazón, de donde no pudo salir sino para acompañar á Diego Velazquez en su expedición á Cuba, año de 1511. Allí se distinguió de tal manera que, á pesar de algunas violentas disputas con su gefe, obtuvo de él una amplia concesión de tierras y de indios, especie de recompensa (como la nota Gomara) que se daba voluntariamente á los aventureros del nuevo mundo, que se hacían notables por medio de acciones brillantes.

Nunca abandonaba el camino de la galantería, que le proporcionó grandes y señalados triunfos; pues habiendo venido á residir á Cuba una familia noble apellidada Xuarez, compuesta de un hombre y cuatro hermosísimas hermanas, Cortés se enamoró ciegamente de una de ellas que tenia el nombre de Catalina. Aunque no se sabe de un modo cierto si abusó ó no del sensible corazón de la joven, sí parece que habiéndole dado palabra de matrimonio, el tiempo vino á enfriar su pasión para impedir que le diese puntual cumplimiento. En vano mediaron las instancias de la familia de la Xuarez, como tambien el valimiento del gobernador, cuyo afecto se inclinaba á obsequiar á una de sus otras hermanas; pues Cortés trató de desentenderse completamente de su compromiso de honor. Bien fuese por este motivo, ó bien á consecuencia de un disgusto particular de Velazquez, el joven soldado se alistó en las banderas de los numerosos enemigos de su protector. Habiéndose determinado los malcontentos á llevar sus quejas á la suprema autoridad que residía en Santo Domingo, comisionaron á Cortés para que le mostrase la injusticia del gobernador en la repartición de las tierras y empleos; pero descubierta la conspiración en momentos que iba á cruzar en una canoa el brazo de mar que separa ambas islas, Velazquez mandó prender al enviado y cargarlo de cadenas en una estrecha prision. Cortés no permaneció mucho tiempo en ella; pues habiendo logrado romper los fierros que lo oprimian, se escapó afortunadamente por las rejas de una ventana, y de allí corrió á una iglesia para reclamar el derecho de asilo. Un día que se descuidó en separarse del sagrado recinto, un alguacil apostado por Velazquez lo asió fuertemente del brazo, mientras que otros vinieron en su auxilio para asegurar la presa.

Conducido el joven prisionero á bordo de un buque que debía partir al siguiente día para la Española, donde tenía que sufrir el juicio sobre la anterior revuelta, la fortuna vino á favorecerlo como

en otras ocasiones; pues habiendo conseguido sacar sus piés de las argollas que lo aprisionaban, pudo alcanzar venturosamente la playa en la misma noche, navegando al principio en un bote que se hallaba al costado del buque, y luego auxiliado de sus robustos brazos que triunfaron del furor de las olas desencadenadas. En seguida contrajo matrimonio con Doña Catalina de Xuarez, ganándose de tal manera la proteccion de su influente familia, y á poco tiempo el gobernador se aplacó y se reconcilió con el esposo de aquella, á quien bautizó el primer hijo que vino á formar las delicias de su matrimonio. Tambien recibió Cortés en esta ocasion nuevas gracias del gobernador, y hubiera llegado á ser muy rico sin su aficion á gastar en lujo y representaciones, de cuyos placeres participaba su amante esposa. Ejercia el empleo de alcalde en la capital de la isla, cuando sus amigos le propusieron para gefe de la expedicion á México.

Aunque no hubiese todavia mandado en gefe, su reputacion de valiente entre los valientes, de astuto, político y hábil administrador, cualidades de que habia dado las mejores pruebas en ocasiones várias, daban de él las mas lisongeras esperanzas; pues se le consideraba como un hombre capaz de muchas cosas. Aquel fuego de la juventud, que tantas veces lo habia arrastrado á peligrosos extravíos, se habia convertido en una infatigable actividad dirigida hácia ocupaciones útiles. La impetuosidad de su carácter habia cambiado en vigorosa franqueza de soldado. Sabia el arte de fraternizar todas las voluntades con la suya, de adquirir el sufragio de sus rivales, de ganar la confianza y gobernar el espíritu de los hombres; pues nada le habia escaseado la naturaleza de cuanto puede mover á seduccion, á saber: generosas disposiciones, una liberalidad grande y bien calculada; una discrecion á toda prueba; una conversacion siempre amena y jamas ofensiva; una palabra pronta, rápida, eléctrica y agradable; un talle elegante, modales muy finos, una mirada viva y penetrante; y una extraordinaria destreza en los ejercicios militares, con una constitucion física capaz de sostener las mas grandes fatigas. He aquí las brillantes cualidades que sedujeron menos al gobernador de Cuba, que la idea de la buena posicion de Cortés; pues creyó que todas ellas no le permitirian jamás aspirar á su independenciam, lo que prueba que el jóven soldado, en el número de sus talentos políticos, poseía el arte de disimular ante todo el mundo su excesiva ambicion y grandes proyectos de conquista.

Apenas se difundió la noticia de su nombramiento de capitán general de la armada, cuando algunos descontentos se propusieron mover resortes para la revocacion. Un tal Cervantes, al servicio de Velazquez, en clase de imbécil ó bufon, fué el primer instrumento que se puso en juego; pues se cuenta que en cierto dia de cóрте ú obsequio, habiendo el gobernador puesto á Cortés á su de-

recha, el bufon exclamó: *Grande alegría para mi amo Diego, ¡ah! ved ahí el hermoso capitán que perderá la flota.* Otra vez el mismo loco viendo á Velazquez y Cortés pasearse juntos, repitió aquella misma idea, y dijo en alta voz: *Nuestro gobernador ha hecho, en verdad, una excelente eleccion. Muy pronto necesitará otra flota para mandarla en persecucion de esa.—¿Oye vd. lo que dice ese hombre? preguntó Velazquez.—Es un loco, contestó Cortés, dejémosle hablar.* La predicción de Lopez se cumplió al pié de la letra.

Sin embargo, Cortés no perdía un solo momento en prepararse á la empresa; pues tan pronto como recibió su nombramiento, se le vió en la puerta de su casa ondear la bandera, mandando publicar un pregon al sonido de trompeta; á fin de convidar reclutas voluntarios para la expedicion. Como una consecuencia de la confianza que á todos inspiraba, cuantos valientes contenia la isla en clase de aventureros, oficiales veteranos en la guerra y jóvenes militares, deseosos de ganar honor y fortuna se pusieron á sus órdenes. El jóven soldado buscaba entre la multitud á los antiguos compañeros de Grijalba, que tuvo la dicha de reunir casi en su totalidad. Empeñó sus tierras y sus indios para subvenir á los gastos de la expedicion, y no se dormía en hacer todos los preparativos necesarios, como un hombre que sabia cuanto podia temerse de la actividad de sus enemigos, y de los caprichos del gobernador de Cuba.

No se equivocaba su ardiente celo; pues la misma asiduidad que empleó para llenar su mision, fué una poderosa arma creada contra su persona. Poniendo su bolsillo á disposicion de oficiales que no podian equiparse convenientemente segun su clase, acudiendo á las necesidades del soldado, y comprando de sus propios fondos muchas provisiones de boca y guerra, vió que se le acusaba de un desprendimiento desinteresado, y de abrigar un proyecto para asegurarse el imperio absoluto sobre sus tropas. Tan repetidas murmuraciones llegadas á los oídos de Velazquez, cambiaron sus disposiciones hasta el punto de querer revocar su nombramiento. No tardó en comunicar sus intenciones á los consejeros Lares y Dueño, quienes las descubrieron inmediatamente al intrépido Cortés; pero éste, aunque no habia concluido todavia sus preparativos de marcha, resolvió separarse del puerto con su gente y buques en aquella misma noche. En efecto, despues de haber reunido la voluntad de todos sus oficiales y soldados, la tripulacion se embarcó favorecida con el silencio de la noche, dejando la bahía de Santiago á 18 de Noviembre de 1518, con direccion al puerto de Masaca que se hallaba á la distancia de cerca de quince leguas. Luego que Cortés pudo proveerse allí de algunas provisiones de boca, fué á completar su armamento á la Trinidad, pequeño establecimiento en la misma costa, donde encontró bastimentos y refuerzos que le hicieron muy al caso; pues la cólera y resentimientos de Velazquez

estaban para estallar de una manera estrepitosa. Ya había revocado la comision de Cortés, espidiendo secretamente orden de prenderlo á todas las autoridades de la isla; pero para arrestar á un general en medio de un ejército dispuesto á sostenerlo, no era posible hacerlo sino con fuerzas superiores. ¿Qué podia hacer solo el honrado corregidor de Trinidad? Intimar la orden, rogar su cumplimiento á Cortés y dejarlo partir, que fué lo que sucedió en tan críticas circunstancias.

Después de haber reunido los voluntarios que esperaba de diversos puntos de la isla, y recibido el completo de municiones de que estaba muy mal provisto, se dirigió á la Habana para hacer otra leva de soldados y concluir su aprovisionamiento. Hasta allí le alcanzó tambien el despacho del gobernador de la isla; pues este implacable y ya descubierto enemigo, mandó á D. Pedro Barba, hombre de su confianza y comandante de la plaza, una orden formal para prender al joven expedicionario, á quien calificaba de traidor al rey de Castilla, y que se lo mandase bien custodiado hasta Santiago, como criminal ó reo de lesa-majestad; invitando igualmente á todos los oficiales á prestar mano fuerte para la ejecucion de esta medida, y al mismo tiempo los hacia responsables de su desobediencia. Tambien se dirigió á ellos Cortés, comunicando á las tropas reunidas la orden de Velazquez, y luego se entregó generosamente en las manos de ellas; pero oficiales y soldados, impacientes de marchar hácia las costas mexicanas, en las que fundaban sus mejores y mas ricas esperanzas; ellos que habian empeñado sus fortunas por abordar tan aventurada empresa, indignados de la conducta del gobernador, levantaron un confuso murmullo y suplicaron al general se mantviese á su cabeza; prometiéndole una entera obediencia, jurándole seguirlo por todas partes á donde los condujese, y verter hasta la última gota de su sangre defendiéndole, y amenazando de muerte á los que osaren poner en duda su autoridad, como tambien oponerse á la ejecucion de sus grandes desig-nios.

Dejemos á Velazquez entregado á todos los remordimientos, á todos los proyectos de venganza de una mentida confianza: dejémosle ocupado en los medios de arrestar á Cortés dentro el término mismo de su campaña, oponiéndole una expedicion rival mientras seguimos los pasos del intrépido español y los bravos que marchaban con él á la conquista de México. Segun las noticias que se tenian del número y valor de los ejércitos de aquel pais una armada europea montada sobre cien navíos, se preparaba á medir sus fuerzas con las de la grande nacion americana? En verdad que no; pues toda la flota de Cortés, esta flota que apuró todos los recursos del gobernador de Cuba; y todos los capitales de los aventureros que iban en ella, se componia de once buques de diferentes tamaños, y el mayor de ellos que era de cien toneladas, como uno de nues-

tros barcos costeros, se honró con el título de Almirante: habia tres que tenian setenta ú ochenta toneladas, y los otros siete eran barquillas sin puente. La flota llevaba seiscientos diez y siete hombres, de los cuales habia quinientos ocho soldados, sin contar con nueve marineros obreros, divididos en once compañías que se distinguian por los nombres de los buques, y cada una mandada por un capitan que lo era tambien de la embarcacion. En este corto número de combatientes, no habia mas que tres soldados de mosquetes, treinta y dos de arcabuces, y el resto de espadas y picas. En lugar de las armas defensivas que se usaban en aquella época, y que debian ser embarazosas en un pais demasiado cálido como el litoral de éste, los soldados de Cortés solo llevaban cotas de malla de algodón mostreado, como los naturales á quienes iban á combatir; corazas ligeras, aunque suficientes para amortiguar el golpe de la flecha americana; diez y seis caballos, diez pequeñas piezas de campaña y cuatro falconetes, constituian la caballería y artillería de este reducido ejército.

Pero en este batallon sagrado estaban Pedro de Alvarado y sus hermanos, Cristóbal de Olid, Alonso de Avila, Juan Velazquez de Leon, pariente próximo del gobernador, Alonso Hernandez de Puerto-Carrero, Gonzalo de Sandoval y Bernal Diaz del Castillo, todos hombres de armas, jóvenes y viejos acreditados en mil encuentros, todos dignos del gefe que los mandaba, y todos resueltos á vencer ó morir. Cada uno de estos hombres podia desafiar masas de mexicanos, y cada uno se creia seguro de triunfar desde el momento que sacase su espada para combatir. Al valor caballeresco, á la sed de oro, se unia la exaltacion religiosa; pues en su estandarte habia pintada una gran cruz, y como en el *labarum* de Constantino, se leian por debajo estas palabras proféticas: *Sigámosla, con esta señal vencerémos*. Los piadosos aventureros se excitaban á esta cruzada, hablando entre ellos del honor de convertir infieles y de la dicha de robarlos. Robo y conversion, tesoros é indulgencias, he aquí los que habian menester para partir á esta grande y peligrosa empresa, lleno el corazon de confianza en la santidad de su causa, en las fuerzas de sus brazos y en la proteccion del cielo.

Cortés se hizo á la vela el 10 de Febrero de 1518, y siguiendo la ruta de Grijalba abordó la isla de Cozumel. Pedro de Alvarado que se habia adelantado dos dias de navegacion, apenas habia desembarcado con su gente en dichas playas, cuando ésta se entregó despiadadamente al pillage, apoderándose de algunos habitantes, de ornamentos de los templos y provisiones de boca; pero el capitan fué reprendido con bastante severidad, y Cortés empezó á demostrar su previsora política, que consistia en procurarse auxiliares mas bien que enemigos en su guerra de invasion. Conquistar el pais por medio de sus mismos habitantes, era el rasgo

mas sobresaliente de su táctica; y por eso le verémos, á pesar de las antipatías religiosas y de su propio fanatismo, atraerse sucesivamente aliados, y aun á los mismos vasallos de Moctezuma.

Cortés carecia entonces de un buen intérprete; pero una feliz circunstancia le proporcionó este indispensable medio de comunicacion. Supo que cuando el viage de Córdoba, los indios de los alrededores del cabo Catoche, pronunciaban la palabra *Castilan* con alguna frecuencia; y habiéndole ocurrido que podía haber allí algunos prisioneros españoles, sospecha que le confirmaron los mercaderes de Cozumel, asegurándole que pocos dias antes habian visto y hablado con uno de esos hombres blancos. Al momento formó Cortés el proyecto de librar á sus compatriotas. Envió á los mercaderes con muchos regalos para tratar del rescate, y al mismo tiempo dos de sus barcos con unos veinte soldados que mandaba Diego de Ordaz, recibieron órden de cruzar las aguas del cabo Catoche para apoyar el servicio de esta comision, que partió llevando una carta de Cortés concebida en estos términos: *Señores y hermanos, aquí en Cozumel he sabido que estais detenidos en poder de un cacique, y como un favor os pido que os reunáis á mí; pues al efecto os envío una embarcacion con soldados, si lo hubiereis menester, y rescate para dar á esos indios con quien estais: mi gente tiene órden para aguardaros ocho dias. Venid prontamente á buscarme, pues de mí recibireis asistencia y proteccion. Aquí estoy con once buques y quinientos soldados, con los que me propongo ganar con la ayuda de Dios á Tabasco, Pontoncham, &c.* Habiendo hecho los mercaderes sus diligencias, entregaron á los dos dias de su partida esta carta á un hombre blanco llamado Gerónimo Aguilar, con todo lo necesario para la realizacion de su rescate. Aguilar se avistó al instante con su amo, quien con el mayor placer aceptó tan bellas dádivas, y le concedió en cambio la libertad. En seguida se fué á casa de otro español tambien prisionero, que habitaba en la misma vecindad, y le dijo: *¿Quieres ser libre, Alonso Guerrero? Puedes serlo, y como una prueba aquí te presento tu rescate.*—*Hermano Aguilar, contestó Guerrero, soy casado y tengo tres hijos, soy cacique y capitán de guerra: en cuanto á vos, idos en nombre de Dios: yo tengo el rostro marcado y las orejas perforadas como un indio. ¿Qué pensarian de mí los españoles, si me viesen de este modo entre ellos? Ved mis tres hermosos muchachos, á quienes amo con un amor muy tierno: solo os ruego me deis para ellos algunos de esos collares verdes con granos de vidrio que poseis, y decid que mi hermano me los ha enviado desde su pais natal.* La muger de Guerrero se llenó de cólera al oír esta conversacion, y tomó parte en ella, diciendo: *¿Qué es esto? ¿Cómo! ¿viene este miserable esclavo á seducir á mi marido y arrebatármelo? Váyase enhorabuena.* En vano fueron las instancias de Aguilar, y viendo á su compatriota inmutable, se unió

á los mercaderes y se dirigió hácia el punto de la costa, en donde se hallaban estacionados los dos barcos de Cortés; pero ya habian trascurrido los ocho dias, y Ordaz se habia reunido á la escuadrilla expedicionaria, motivo por el cual el desgraciado Aguilar se vió obligado á volverse á casa de su antiguo amo.

Entretanto Cortés desconsolado con la vuelta de los dos buques, hubiera preferido prolongar su detencion en la isla para aguardar á los mercaderes; mas siéndole preciso continuar su rumbo, se hizo á la vela, y cuando ya perdía de vista á Cozumel, un viento contrario le obligó á volverse á él. El buque que llevaba las provisiones de la expedicion, habia sufrido algunas averías de gravedad, y cuando se ocupaban de repararlo en la siguiente mañana, descubrieron una canoa que atravesaba la bahía con direccion á los buques. Los aventureros, al reconocer los mensajeros de Cortés en compañía de algunos indios, iban ya á preguntar por sus compatriotas cautivos, cuando una especie de salvaje negro y manchado pronunció estas palabras: *Dios, Santa María, Sevilla.* Conducido este hombre á presencia de Cortés, se sentó en el suelo, como sus compañeros, segun el uso de aquellos paises. Habiendo preguntado el capitán general en dónde estaba el español, aquella especie de salvaje contestó al punto: „Aquí está: delante lo teneis.” Despues que todos mostraron el mayor regocijo con su llegada, le quitaron los viejos harapos que cubrian sus espaldas, y le dieron otros vestidos acomodados al uso europeo. Entonces se supo que se llamaba Gerónimo Aguilar, natural de Ecija en España, donde habia estudiado medianamente para la carrera de la Iglesia; que volviendo de Darien á Santo Domingo con quince españoles y dos mugeres, fué destruida su embarcacion por un fuerte huracán, y se habia hundido con diez mil pesos que llevaba en oro; y que él y sus compañeros, esperaban ganar á Cuba ó Jamaica con el auxilio de un bote del mismo buque; pero las corrientes los arrastraron á las costas de Yucatan, en donde los caciques se los repartieron. Los mas gruesos y jóvenes fueron sacrificados, otros murieron de enfermedad, y las dos mugeres perecieron á impulso de los trabajos. Aguilar debió su vida á que pudo huir hácia el interior de la isla, y despues de ocho años de tal acontecimiento, habitaba en casa de un poderoso cacique que lo hizo su esclavo. Muy poco ó nada sabia de la situacion del pais; pues habia estado siempre empleado en los trabajos domésticos y cultivo de los campos, sin haberse podido alejar mas de cuatro leguas de la costa. En cuanto á Guerrero, no conservaba de España mas que el nombre; pues tanto por sus costumbres, como por sus hábitos, vestido y figura, parecia un indio del pais; se habia identificado completamente con aquella vida y todas sus maneras; se habia casado con una india de la isla, y tomado á pecho los intereses de su tribu que mandaba, y á la que mas de una vez habia dado la victoria. Como todos los naturales lo te-